

late, á estas horas quizás estaría ya delante del Padre Eterno, no pidiendo chocolate, sino dándole cuenta de mis culpas. También guardaré la carta de Tilín para la monja. ¡Benditos sean los amigos que me enteraron de las intrigas de doña Josefina de Comerford y de las madrecitas de San Salomó! Sin estos preciosos datos, ¡pobre de mí!... Todo está bien; vuelva la balija á la grupa, el hombre al caballo, el caballo al camino, y Dios por delante.

Ningún encuentro digno de ser mencionado tuvo aquella noche. Al divisar los muros de Solsona encomendóse á Dios para que no le deparase ninguna desventura en la histórica ciudad episcopal; pero sin duda el Autor de todas las cosas, ó le creyó indigno de misericordia por la magnitud de sus pecados, ó quiso someterle á sufrimientos muy amargos para probar el temple de su espíritu, porque no bien pisó el caballo blanco los guijarros que pavimentaban las calles de Solsona, cuando cayeron sobre el caballo tantas desventuras, que tuvo por dichoso el encuentro con Tilín y las demás trapisondas y padecimientos de su trabajada existencia. Dejémosle ahora lamentando su triste suerte en las mazmorras del Ayuntamiento de Solsona, y antes de ocuparnos de los reveses de este aventurero desconocido, veamos lo que aconteció al bravo Tilín y el giro que tomaron sus asombrosas y nunca vistas proezas.

## X

Había corrido próximamente un mes desde la gloriosa salida del voluntario realista á civilizar los pueblos de la sierra, cuando recibió orden de Pixola, mandándole que al punto se trasladase á Solsona. Maravilló á Tilín esta premura y la sequedad del despacho; pero mucho mayor fué su sorpresa cuando al entrar en Solsona con su ya numerosa partida, vió que Pixola, en vez de recibirle con los brazos abiertos y encomiar el éxito de la expedición, recibíale ásperamente, sin mostrar ni un ápice de entusiasmo por tan descomunales servicios, ni menos alabar su heroico valor. Aquel primer arañazo dado por la horrible arpía, enemiga de las humanas grandezas, hizo manar sangre del ardiente corazón de Pepet Armengol.

Gran condescendencia fué que el carnicero reconociese y otorgase á nuestro héroe los grados que este mismo se había dado por un procedimiento novísimo en los fastos de las improvisaciones personales; mas con esto el discoloro guerrillero demostraba que no sólo aborrecía á Pepet, sino también que le tenía un tantico de miedo. Ni la muchedumbre de mozos útiles, ni las armas, ni el dinero, bastaron á modificar la opinión de Pixola sobre los merecimientos de su subalterno, la cual, como se asentaba en la ruin envidia, más desfavorable era cuanto mayores motivos había

para que no lo fuese. Pero el punto en que más insistió, por ser aquel en que se encontraba más fuerte, fué el de la protección que Tilín había dado á un pícaro sectario y jacobino que andaba por el país malquistando á los realistas unos con otros y metiendo cizaña y haciéndoles desconfiar de sus jefes y dándoles dinero para que atropellasen é hicieran atrocidades.

Perplejo se quedó el sacristán al oír esto; pero contestó que ni él había protegido á ningún perro sectario, y que si dió libre paso á un desconocido, fué por creerle enviado de la Junta de Barcelona.

—Ya, ya veo que tienes buenas tragaderas —le dijo Pixola, gozoso de humillarle delante de las notables personas, canónigos, frailes, honrados contrabandistas y trabucaires que presentes á la sazón estaban. —¡Valiente papamoscas tenemos aquí!... No basta tener un poco de valor, Sr. Tilín, para mandar tropa en una guerra como esta; es preciso tener mucha astucia y cierto pesquis y ciencia del mundo, que no se aprenden en la sacristía de las reverendísimas. Ya me figuraba yo que el jacobino te engañaría, como engañamos á un pobre pez cuando le arrojamos el anzuelo. ¿Ves cómo no me engañó á mí? Desde que le eché el ojo, dije: "ese hombre no me gusta, que lo pongan á la sombra." ¡Oh! ya conozco yo á mi gente masónica. Sus farsas no me convencieron, ni la carta que traía para las monjas pidiendo chocolate, ni la que tú le diste, poniendo tus acciones en

las mismas nubes, y pintándolas como iguales á las de Hernán Cortés en la Nueva España.

Las risas y chacota que acogieron estas observaciones hicieron temblar el corazón soberbio y fogoso de Tilín, y las llamaradas de su enojo, de su despecho, de su ofendido amor propio, salieron á su bronceado rostro, poniéndolo sanguinoso.

—¿Quieres saber las consecuencias de tu falta? —añadió el cruel Pixola. —Pues ya dicen por ahí que los jacobinos te han ganado... Podrá no ser verdad; yo creo que es mentira; pero ello es que maldita la confianza que puedo tener en tí.

Tilín se puso rojo, después amarillo y tembloroso. Dando una patada, que hizo estremecer el piso de la casa, exclamó con salvaje furia:

—¡Por el rabo del Malo! El que sostenga que yo me he vendido á los jacobinos, venga delante de mí, dígamelo en mi cara y le sacaré las entrañas.

—¡Oh! fuertecillo estás —dijo el carnicero, riendo de su triunfo y de la cólera de Tilín. —No se prueba la honradez sacando entrañas; se prueba con la conducta... En fin, gracias que has dado con un hombre como yo, decidido á protegerte. Mira si seré bueno, que no pienso quitarte el mando.

Tilín, mirando fijamente á su jefe, dijo para sí, sin desplegar los amoratados labios:

—Y si me le quitaras, perro ladrón, yo lo volvería á tomar.

Los importantes varones que presentes estaban llevaron la conversación á otro terreno, y durante una hora larga se habló del proyecto de tomar á Manresa para fundar en aquella excelente plaza el gobierno central de la idea apostólica.

—Jep ha salido ya de Berga—dijo Pixola, —Caragol debe haber salido también de Vich y yo me pongo en marcha mañana. Nos juntaremos, y allá, para la semana que viene á más tardar, Manresa será nuestra.

No se ocuparon más aquel día el guerrillero y su pequeña corte de la importante persona de Tilín; pero al siguiente recibió el héroe la estocada mortal de la envidia con la orden de permanecer en Solsona, mientras las demás tropas y somatenes iban sobre Manresa. Esta eliminación en la jornada de más peligro y lucimiento puso al sacristán en el último grado de la rabia. Era evidente ya que se deseaba obscurecerle y postergarle; pero él guardó su rabia en el pecho, aparentando resignación y conformidad con su suerte. El veneno y las llamas que devoraban su alma fueron celosamente guardados como el puñal de que se piensa hacer uso en momento oportuno. Se le vió silencioso, mas no irritado, en el momento de salir la gente de Pixola y la suya para tan notable empresa, y dijo adiós á sus compañeros, sin mostrarse envidioso. Para colmo de humillación, ni siquiera quedaba al frente de la guarnición de la ciudad, sino como subalterno de un tal Mañas, nombrado jefe de la plaza, el cual

era un viejo borracho, que pasaba la mitad del tiempo durmiendo y la otra mitad jugando á las cartas.

Los partidarios que quedaban en Solsona no tenían más consigna que vigilar á los presos sepultados en las mazmorras del Ayuntamiento, entre los cuales hallábanse Guimaraens y el aventurero D. Jaime Servet, y defender la ciudad en caso de un ataque, muy poco probable por cierto, de las tropas del Rey. Tilín, viéndose condenado á forzosa holganza, vagaba sin compañía por la solitaria muralla de la ciudad ó bien por las tristes riberas del río Negro, testigo de los juegos de su infancia, terminando siempre su paseo en la puerta del Travesat, junto á San Salomé.

Por las mañanas visitaba la sacristía, ayudaba algunas misas, y si se lo permitían, pasaba á ver á las madres y á departir con ellas acerca de los negocios de la causa apostólica, que iban mal, según unas, y á pedir de boca, según otras. Aquella preferencia, que desde su edad más tierna había mostrado Pepet por la bella y afable Sor Tecdora de Aransis, mostrábase ahora con más claridad, bien porque la desgracia avivase los afectos de su corazón, ó bien porque la situación desventajosa en que se encontraba, relativamente á su antigua jerarquía sacristanesca, le autorizase á dejar traslucir lo que antes ocultaba. La corta pero accidentada vida militar había gastado dos principalísimas protuberancias, digámoslo así, del carác-

ter de Tilín, la timidez y el respeto á ciertas cosas y personas, bien así como la piedra puntiaguda y angulosa se pule y redondea al ser arrastrada por los torrentes.

Todos los días pasaban largas horas en el monasterio sin quitarse el uniforme, y aunque la madre abadesa no gustaba de ver allí los arreos marciales, inclinóse al fin á tolerarlos por lo singular de las circunstancias. Rogóle dicha señora que ayudase al sacristán su sustituto en los servicios de limpieza dentro de la sacristía; pero Tilín se negó á degradar su uniforme en faena tan impropia de un militar de grandes alientos. Fuéle dicho entonces que se quitase la casaca, espada y chacó, con cuya advertencia recibió nuestro héroe tanta pena como si le hubieran dado cien bofetadas; pero como habría sido más grande aún su dolor si le privaran de entrar en el convento durante aquellos días de tristeza, desgracia y descanso, consintió al cabo en degradarse. No creyendo decente estar en mangas de camisa se puso su antigua sotana, con lo cual se vió realizada una metamorfosis de que no creemos pueda haber ejemplo en otro país del mundo. Así cambiaba de apariencia aquel extraordinario mozo pasando de guerrero á sacristán lo mismo que había pasado de la obscuridad de la sacristía al esplendor y estruendo de los campos de batalla.

Casualmente había á la sazón en el convento una obra que exigía buenas manos, y el sustituto de Tilín, si las tenía excelentes

para robar cera, carecía de fuerzas para trabajos mayores. Estaban arreglando un flamante y lindo altar para la Virgen de Septiembre y era necesario el concurso de un hombre de buenos puños. Tilín despachó esta obra de romanos en dos días, y después quiso arreglar la huerta que se hallaba en malísimo estado por enfermedad del hortelano.

Asistiendo, como auxiliares ó como meras espectadoras, á estas santas tareas, algunas monjas se regocijaban oyendo á Tilín la relación de sus proezas, siendo de observar que el héroe de ellas, antes de aminorarlas con la modestia las acrecía con el frecuente uso de la hipérbole, presentándolas con tal grandor que las buenas señoras se quedaban embobadas ante tanta maravilla creyendo ver resucitado el tiempo de la caballería andante. Como eran caritativas y bondadosas. Tilín hacía caso omiso de los fusilamientos que había ordenado, y todo era batallas y más batallas en las cuales había salido victorioso.

La que ponía más atención á estos homéricos relatos era Sor Teodora de Aransis, que seguía con interés febril el giro de los sucesos apostólicos, teniendo siempre en tortura su imaginación y sobrescitados sus nervios.

Lejos de extinguirse en el rudo corazón de Tilín, madriguera de impetuosas pasiones, el profundo afecto hacia ella, aquel sentimiento había ido tomando cuerpo con los años, variando de naturaleza conforme al giro del tiempo y á las mudanzas del carácter. Era para él la de Aransis objeto de un

respeto que rayaba en supersticioso culto, y de tal modo se apoderaron de su ánimo la memoria y la imagen de la esposa de Cristo, que ni un instante se apartaron ambas de su cerebro durante la campaña. Sin embargo, mientras fué soldado la pureza de sus pensamientos era tal y tan grande la fuerza del respeto, que sus afectos parecían más bien un apasionado fervor místico que afición ordinaria entre dos seres humanos.

## XI

Pero después que volvió de la campaña y se puso de nuevo, aunque no por razón de oficio, la malhadada sotana de su niñez, Tilín no era el mismo, al menos en la forma. Ya hemos dicho que había perdido su timidez; mas con ella perdió la delicadeza y aquellas formas de respetuoso culto con que antaño solía expresar sus pasiones ó velarlas, dándole apariencia dulce y simpática, y ahora des-  
puntaba en él una brutalidad desapacible, una expresión ruda y desentonada, cual si desapareciese todo lo que dan la educación, el trato, el tiempo, los lugares y no quedase más que la obra pura y tosca de la Naturaleza.

Es preciso considerar que aquel hombre de pasiones ardientes, criado dentro de un convento de monjas, amoldado en el hueco de una sacristía tan violentamente como podría amoldarse una espada dentro de un cáliz, había roto su clausura, había ido á los

campos de batalla, frecuentando el comercio de soldados, hombres de mundo y bandidos; que había vivido en la independencia del guerrillero y del salvaje consumando diariamente actos de valor, ensoberbeciéndose con un éxito constante, y aprendiendo á practicar la vida de las pasiones libres y sin artificio, porque el guerrillero es atrevido, brutal, cruel; pero es verdadero en sus sentimientos, lleva su corazón desnudo como su espada, no engaña á nadie más que al enemigo, porque ese es su oficio, y es un tipo del adalid de las primitivas sociedades, luchando por un pedazo de suelo. Considerando esto, se comprenderá que Tilín guerrero, no podía ser el mismo Tilín de marras.

En efecto: Sor Teodora notó que él no la miraba como antes; que no le hablaba en el mismo tono de antes; que sus pensamientos eran más audaces; que se expresaba con más desenfado. Había en todo él cierta claridad deslumbradora y relampagueante, que hacía daño á la vista; un no sé qué de franqueza y desembozo que causaba miedo. Pero Sor Teodora, fanatizada por la guerra, á que atendía con tanto interés, no alcanzaba á penetrar la razón de esta soltura de Tilín. Si alguna vez paró mientes en ello, considerólo como la desenvoltura propia de un soldado de Cristo, y pensó que aun perteneciendo á las milicias cristianas, han de ser los guerreros muy distintos de los monaguillos.

Tilín trabajaba un día en la huerta. Sor Teodora se acercó y le dijo:

—No se sabe nada de Manresa, Tilín. ¿Qué piensas tú de esto?

—Yo no pienso nada, señora—dijo el voluntario realista, haciendo un movimiento homicida con el cuchillo de jardinero que en la mano tenía.—¿Acaso yo puedo dar razón de la guerra? ¿No han creído que todo puede hacerse sin mí?

—Ha sido una injusticia. Ya te he dicho que la madre abadesa piensa escribirle dos letras sobre esto á Jep dels Estanys, y yo le he escrito ya sobre el particular á doña Josefina Comerford.

—Poco me importan á mí Jep y doña Josefina—replicó Tilín, poniéndose ceñudo,—pues yo estoy decidido á hacerme justicia. ¿Piensa la señora que voy á volver á la sacristía de San Salomé?

—No, eso no: no faltaría más. Tu vocación y tu ardor guerrero te llevan á ser general, y lo serás, sí; ya la historia se ocupará del general Tilín.

—General ó no, yo me vengaré—dijo Pepet con fiereza.

—La venganza es cosa mala, Tilín, muy mala.

Esto decía con unción la monja que tanto se entusiasmaba con guerras y batallas.

—Será cierto; pero yo necesito vengarme. El hombre bueno se volverá malo tal vez; pero ¿quién tiene la culpa?

—No hables de maldades. Es preciso que tú seas siempre bueno. Algunos guerreros han sido santos.

—Yo no seré santo, señora, yo no seré santo, no quiero ser santo—afirmó Tilín con ruda franqueza.—Aunque quisiera serlo no podría.

—¿Por qué?—preguntó la monja disponiéndose á dar á su protegido una lección de teología.

—Porque cada uno nace para lo que nace. ¡Santo yo!—dijo Tilín dando un gran suspiro y sentándose con muestras de cansancio.—Mi corazón está ardiendo como una hoguera que no se puede de ningún modo apagar. Quise ser soldado y apenas empecé á serlo me ataron las manos. Es fuerza que este volcán estalle por alguna parte, y no hay duda que estallará.

Luégo acercóse á Sor Teodora, y con acento terrible le dijo sin alzar los ojos:

—Señora, yo no lo puedo remediar; yo haré barbaridades, haré estragos y quizás mi memoria sea maldita.

—¿Por qué? ¡Pepet, estoy aterrada!... Explicame eso—dijo la religiosa poniéndose pálida y juntando las manos.

—¿Por qué?... porque ambiciono mucho y todo lo que ambiciono es imposible. Me faltan alas, me sobra espacio.

—Pues no ambiciones tanto.

—No puedo, no puedo.

Su acento era el de la desesperación.

—¿Qué locura!

—¡Todo es imposible! ¿Cree la señora que me satisface esa guerra mezquina, guerra de estúpidos y de salteadores?... No; yo no quie-

ro mandar somatenes, sino ejércitos. Yo adoro el estruendo, las grandes marchas, la fatiga, el polvo de los campos, el calor horrible, las hambres, la gloria de las grandes jornadas, los inmensos peligros, la embriaguez de la matanza, las astucias, las sorpresas, las banderas alzadas sobre montones de muertos...

—¡Qué horror!—exclamó la monja cubriéndose el rostro con las manos.

—Yo adoro todo eso... ¿Qué puedo esperar de esta guerra que no tiene más objeto que el robo, ni más móvil que la envidia? Bien lo decía yo, mi época ha pasado. ¡Ay de mí! Me atrasé en el nacer; todo lo posible es ridículo y todo lo grande, señora, es tan imposible para mí como poner en el cielo mis manos de barro miserable.

Diciendo esto, se llevó el puño á la cabeza y se hubiera arrancado un mechón de cabellos, si su cabello cortado á lo militar tuviera mechones.

—Después de esta guerra vendrá otra más grande—dijo la religiosa tomando el tono sibilino que tan grande impulso había dado á la vocación de Tilín,—vendrán cosas estupendas, y pasarás de esta esfera mezquina de los somatenes á la esfera de las grandes acciones de guerra.

—No, no, no—gritó Tilín, y cada *no* parecía en su boca como un golpe de maza; tal era la energía con que los pronunciaba.

—Vendrá...

—No vendrá nada... Delante de este sacristán destituido no hay más que imposi-

bles, imposibles, imposibles. No es sólo el de la guerra.

—¿Cuál otro?

—Otro.

Tilín volvió su rostro, y Sor Teodora se echó á reír.

—Me causan risa tus ardores, Tilín—le dijo.—Apostamos á que al fin y al cabo, después de tanto delirio, acabas por renunciar á las glorias del mundo y te consagras á servir á Dios en la sacristía de las pobrecitas monjas cascabeleras.

—Eso no, eso no, eso no—exclamó Tilín, soltando sus palabras como gemidos de agonía.—Jamás, señora; yo no puedo continuar en San Salomé.

—¡Ya no nos quieres, pícaro!

—¡Oh!... no es eso...—dijo Tilín enternecido súbitamente.—Yo no puedo seguir aquí; soy muy malo y no me puedo vencer. El valiente es cobarde consigo mismo. ¡Yo en esta casa, en la casa de Dios y de la religión!...

Pepet hundió su cabeza, mirando tan cerca un hoyo que delante de él estaba abierto, que parecía querer enterrarse en vida. Arrojó de su pecho varios suspiros cual si quisiera expulsar de su cuerpo la vida.

—Adiós, Tilín—dijo la madre dando algunos pasos hacia el claustro.

La monja se separó de él. Tilín la vió alejarse y no le dijo nada. Después abandonó las herramientas del jardín para ir á la sacristía, ponerse su uniforme y salir á la calle. Largo rato estuvo platicando de cosas indi-

ferentes con el sacristán sustituto. Cuando salió, vestido ya su gallardo uniforme, era casi de noche. Las monjas se retiraban á sus celdas y veíanse sombras blancas que se perdían en el claustro, y oíase rumor de perezosos rezos. Tilín quiso hablar á la abadesa y dirigióse al vestibulo de donde partía la escalera. Todo estaba obscuro. Vió delante una figura que entraba del claustro para pasar al coro. Tilín la detuvo; Sor Teodora lanzó una exclamación de sorpresa, y antes que pudiese decir una palabra, cayó de rodillas ante ella el sacristán guerrillero, y como un reo que pide perdón, exclamó con voz profunda y sofocada:

—¡Madre, mujer, Sor Teodora...! por Dios, quiéreme.

La hermosa dama se quedó estática y muda; tanto le sorprendieron el tono y la voz del sacristán soldado.

—¡Tilín!... ¡Jesús!...—murmuró.

Y Tilín repitió con loco ardor.

—¡Quiéreme, quiéreme!

Su voz temblaba. Después se levantó y tendió sus brazos sin atreverse á tocarla, acercó su boca al oído de Sor Teodora y á media voz dijo estas palabras:

—Monja, yo te amo.

—¡Jesús Crucificado, ampárame!—gritó la esposa de Cristo llevándose las manos á la cabeza.—¡Satanás, perro maldito, vete!...

Quiso huir. Sintió que sujetaban su hábito. Dió un nuevo grito. Oyéronse pasos y una voz que decía: "¿Quién está ahí?"

Dos monjas que llegaron vieron á Sor Teodora acongojada y trémula. ¿Había tenido una visión? Sensiblemente perturbada se hallaba; pero con un vaso de agua la volvieron á su pristino sér. Tilín había desaparecido.

## XII

Largo rato estuvo la madre sin volver de su espanto, aterrada y sobrecogida, sintiendo sobre su alma un peso colosal y una opresión tan angustiosa en su pecho que apenas podía respirar, y todo lo veía negro y rojo, como si se hallase bajo las pavorosas bóvedas del Infierno. La inaudita revelación, tan sacrilega como infame, había producido en su espíritu una sacudida espantosa como la que produciría un reclamo verbal del mismo Satanás, reclutando gente para sus calderas. No obstante, el espíritu de la buena religiosa estaba absolutamente limpio de pecado en aquel negocio, y ni con fugaz idea, ni con vano pensamiento era cómplice de la execrable pasión de Armengol. Por el contrario, el atrevido sacristán representósele desde aquel instante como un sér aborrecible, digno de los más crueles castigos.

El primer cuidado de la dama aquella noche después que se retiró á su celda fué rezar, implorando la misericordia de Dios, no en pró de ella misma, que en aquel caso no la necesitaba, sino en pró del miserable extraviado que con sus livianos pensamientos y